

TEATRO

"Sopa de pollo con cebada"

Estamos ante la primera pieza de la gran trilogía. A finales de los años 50, A. Wesker, junto con Arden, Pinter y Bond, formaba parte de un "nuevo teatro inglés". Su reflexión sociopolítica, con Sartre, es sin duda el exponente más vivo del mejor teatro político de nuestro tiempo. Gran Bretaña retomaba por entonces su conciencia de nación importante y atrás quedaban las primeras revueltas fascistas y la gran guerra. Había pasado el ataque frontal al enemigo común y era el momento de que los intelectuales, cajeros y jueces de la Historia, hicieran sereno juicio y balance de lo ocurrido ante una sociedad todavía temblorosa en marcha hacia la inestable paz de la burguesía capitalista. Wesker jamás se dejó llevar por triunfalismos. Su mirada científica, un poco amarga, permanece alerta y desde la crítica desgarrada a la sociedad de consumo ("La Cocina"), hasta la risotada hacia la "Royal Air Force", su esfuerzo catalizador le ha convertido en el gran temido heterodoxo.

"Sopa de pollo con cebada", pese al tiempo, nos llega en la hora justa, en el momento más apropiado. Porque la situación vivida por Europa en los años 50-60, es un fiel reflejo de la España actual. Muerto el enemigo común, el incierto porvenir espera.

Partiendo de un naturalismo justo, el dramaturgo escapa, como siempre, de apologías partidistas y su siempre evidente decaimiento político no anula la autocrítica. A través de una familia obrera inglesa, Wesker contempla la lucha de la clase trabajadora en su esfuerzo por lograr el socialismo. Un cuadro perfectamente trazado que el tiempo (desde 1936 a 1956) va cuarteando, degradando en colores, difuminando perfiles. De aquellas primeras luchas contra el fascismo, de las Brigadas Internacionales, hasta la sociedad industrializada, todo un mundo de contradicción, porque para el autor la lucha obrera no es un fin inmediato, sino la dialéctica his-

tórica. Sus personajes son, antes que nada, seres individualizados, complejos: Sarah Kahn, militante infatigable; Harry, su indolente y cobarde marido, compendio de frustraciones y apatías; sus dos hijos, la cuñada sindicalista y los amigos en la lucha cotidiana. Ante los ojos de estos pequeños personajes, el paso de la Historia. Se contempla la depuración soviética, la invasión de Hungría y todos los oscuros pasos de una ideología llamada a salvar a una clase desatendida. Ante todo ello, la soledad, el vacío, la impotencia ante la realidad, el paso del tiempo que termina aniquilando al hombre.

un canto de Wesker ante lo visto. El no analiza, no enjuicia y su nihilismo es trascendental.

Lo ofrecido en el Bellas Artes se encuentra a la altura de un drama tan perfectamente trazado. El espacio escénico (sobrado quizá de amplitud) es riguroso y cuidado. La dirección escénica, a cargo de Josep María Segarra y Josep Montanyes, perfecta, quizá adoleciendo un tanto de ritmos adecuados en los cambios. La incorporación de los personajes, donde brilla la espléndida actuación de Irene Gutiérrez Caba y Agustín González, limpia y ajustada. El Centro Dramático Nacional ha realizado aquí, una



"Sopa de pollo con cebada", de Wesker.

Aquellos jóvenes revolucionarios del 36 van perdiendo su fe, la esperanza en un mundo mejor y se entregan, poco a poco, a la existencia cómoda y vacía que el capital les ofrece. La indolencia de Harry, manifestada desde el principio de la obra, va siendo asumida por los personajes. Sarah, pese a todo, continúa en su vieja militancia comunista, porque ella sabe que la luz del socialismo depende de su verdadero fondo y no de los errores de sus hombres. Las últimas palabras a su hijo, con las que se cierra el último telón, vienen a mostrar toda su psicología: "Ronnie, si renuncias a luchar, morirás". Es

vez más, una labor profunda, poniendo al servicio del espectáculo lo más conveniente, sin reparar en convencionales repartos ni medios. Wesker es situado en su lugar con toda dignidad. ■ MIGUEL A. MEDINA.

"Encantada de conocerle"

Podría realizarse ya, sin apenas movernos de Madrid (tanto es el empeño en que conozcamos de modo tan exhaustivo como inútil la casi totalidad de la actual dramática hispanoamericana-

na), una acertada síntesis sobre las constantes básicas que motivan a los autores hermanos en lengua. Las coordinadas ideológico-estéticas vienen a ser siempre las mismas y la novedad, de existir, aparece esporádicamente gracias a ciertas originalidades personalistas siempre dentro de los cánones comunes. Oscar Viale, argentino, autor de la comedia estrenada en el Infanta Isabel, no es una excepción en esta generalizada corriente.

A pesar de que "Encantada de conocerle" no puede definirse como lo más desafortunado que nos llega de aquellas latitudes, lo cierto es que sus valores reales tampoco parecen justificar demasiado su elección. Podría hablarse de una comedieta ligera, de un bien tramado divertimento, sencillo y de inteligente corte, cuyo valor más apreciable se alcanza justamente en el inesperado desenlace.

Preocupa al autor el problema de la soledad, de la incomunicación dentro de una sociedad desgarrada y ostracista. Aquí, una viuda todavía joven se enfrenta primero con el dilema generacional planteado por su única hija; luego, es su propia vida, vacía, monótona, que en un determinado momento parece poder cambiar por medio de un hombre que la hace revivir viejas ilusiones sentimentales. El personaje asume su parca cotidianidad pequeño-burguesa de un modo peculiar, utilizando como defensa una dulce pero inteligente ingenuidad. Un poco de ternura, de absurdo ordenado, brotes cómicos, juego continuo entre lo amargamente inmediato y su camuflaje cobarde a través de la fantasía. Dos personajes bien trazados, la viuda citada y su yerno, que además encuentran una gran interpretación en María Asquerino y Alberto Alonso, y todo quedaría ahí de no ser por la aludida pretensión de llevar el desenlace hasta los límites de la tragicomedia. El hombre que significa la vana ilusión de la viuda (un polaco brutal que no sabe una palabra de castellano, con las consiguientes situaciones cómicas que ello puede acarrear) resulta ser un singular sátiro que termina violando a la hija, ante la impotencia de su propio marido. Dada la incapacidad de los tres personajes para repeler el descarado abuso de la fuerza bruta, acostumbrados como están